

sólo es fenómeno ordinario, sino que es ley, es principio, tan necesario y valedero como el principio mismo de no contradecirse.

Si se declara imposible contradecir sin relacionar, se declara en el acto mismo necesario relacionar, dentro de polos contradictorios entre sí, hasta relacionar todo lo posible mediante una función suprema, encomendada al pensamiento viviente.

El principio de no contradicción sólo consagra la identidad de lo idéntico y por eso se limita á una sola relación; pero á la identidad de lo idéntico se opone con no menor derecho la distinción de lo distinto.

Tenemos, pues, no un sólo principio, sino dos que, mutuamente limitados ó sea articulados entre sí, hacen el principio único de relación.

La relación, eximida ya expresamente de la jurisdicción del principio exclusivo de la identidad, no debe tal exención á una merced graciosa, sino al reconocimiento de un derecho, que necesita, al menos, figurar á igual altura que el derecho que se asienta.

Digamos, pues, como complemento del principio de contradicción: Respecto de todas las cosas es indispensable, al afirmarlas en algún sentido, negar simultáneamente todo lo contrario al sentido en que se afirma. En una palabra, todas las cosas son lo que son relativamente á otras cosas.

Establecida ya como queda dicho, la relación por la confluencia de los dos principios, uno de identidad y otro de diversidad; falta aún hacer con la reserva del tiempo consignada en la fórmula, lo mismo que se ha hecho respecto de la relación, que por de pronto suponemos aplicada sólo á las relaciones en el espacio.

También son posibles el sí y el no,

respecto de una misma cosa en tiempos diferentes, y también esta posibilidad se convierte en necesidad para todas las cosas, sometidas, por otra parte, á la ley de identidad.

No sólo es posible, sino necesaria la intervención del tiempo en todo lo humano; y semejante intervención figura como práctica, enfrente del espacio solo, inmovilizado y *sin tiempo*, que se llama teoría.

Sin tiempo en rigor no se daría el espacio, aunque se dá en una abstracción del tiempo, suponiéndole *fijo* en un *presente imaginario*, que á su vez no se sostiene en manera alguna sin un pasado cualquiera, un hecho en que apoyarse y un porvenir abierto para alzarse del suelo y respirar en el ambiente. Como límite instantáneo de lo pasado y lo futuro y que sin *estos límites* no limitaría cosa alguna, y ni siquiera sería límite, se concibe lo presente sosteniendo en el vacío el principio de identidad; elemento, si, inexcusable de una función que le comprende, pero elemento sólo, necesitado de la relación, teórica en el espacio y práctica en el tiempo, para figurar en la función común con legítimo derecho.

Vemos, pues, claramente, que el principio de identidad, tan acariciado por las escuelas filosóficas, lejos de ser un principio fundamental para un sistema, es apenas el principio de un procedimiento, que se necesita llevar á término antes de dar comienzo el edificio que el pensamiento aspira continuamente á construir y á perfeccionar, cada vez que aparece provisionalmente construido.

A lo sumo podría admitirse el principio de no contradicción como cimiento de un edificio *destruido* que se quiera reconstruir.

Desde este punto de vista resulta hasta pueril el intento de los filósofos de apoyarse en su prohibición de contradecirse, para alegarla arbitrariamente á favor de una de las partes contendientes en la cuestión que se debate.

Esto no es otra cosa que encerrarse voluntaria y complacientemente en posición labrada por el ponente mismo, para tener el gusto de vivir á sus anchas, cayendo en la ilusión de que su cárcel es el amplio dominio de la verdad universal.

El menor viento de la relación y del tiempo, soplando desde fuera, arrebatada y deshace ese pobre albergue, y con él las ilusiones del mismo pensador.

Es muy cómodo decir, por ejemplo, «soy pensante, mi ser es indudable; y, por lo tanto, lo es también el ser en absoluto. El ser absoluto es la sustancia, y de él sale todo: Dios, el mundo y yo. Aquí se encierra la sabiduría, y sabido esto, no hay más que saber.»

Lástima grande que no sea verdad tanta belleza.

Por lo demás no está mal el propósito de no contradecirse, y una vez hecho, no hay por que retirarle. El filósofo hará muy bien en no anular á sabiendas un pensamiento anticipado y continuar, sin embargo, apoyándose en él. Lo que de seguro no hará, sólo con esto, es implicar en ese pensamiento suyo, obra suya, efímera, instantánea y fugitiva, el orden completo de pensamientos análogos suyos y ajenos, y menos el orden supremo de la Creación universal.

Lo que el filósofo á que aludimos debe tener muy presente, es el pensamiento que ha formulado como tipo de pensar, para no retractarse por

completo, á menos que expresamente quiera hacerlo por amor á la verdad. Aun en este último caso no necesitará retractarse de la letra; porque lo pensado ó escrito, pensado ó escrito quedaría; sino del espíritu que lo había dictado, de la intención de reducir á un solo elemento la función que, bien analizada, consta de otros muchos, dignos todos de ser tenidos en igual consideración.

Así, pues, el principio de identidad ó de no contradicción debe quedar reducido á regla práctica de cautela; á fin de que no caiga inadvertidamente el pensamiento durante una exposición doctrinal, en la anulación de las bases mismas asentadas para llegar á una conclusión. Esto sí que es imprecendente, y lo que evita siempre quien abriga el fundado temor de ser perentoriamente refutado.

Contradictorio, de contradecir.—Á un solo modo en el tiempo (presente), necesitan corresponder dos modos en el espacio (definido é indefinido). Así se hace la teoría.

Á un modo en el espacio necesitan corresponder dos modos en el tiempo (antes y después.) Esto es la práctica.

La contradicción absoluta no solamente no debe ser, sino que no puede ser.

La contradicción relativa, no solamente puede ser, sino que necesita ser mediante dos términos contrarios entre sí.

Contraponer, *contra-poner*.—Contraponer no es contradecir, y menos contradecirse.

Contraponerse á sí propio es muy legítimo y acertado; contradecirse sería un procedimiento absurdo.

El pensamiento humano se debe contraponer, en primer lugar, á lo pensado como objeto, y en segundo

lugar, al sujeto generalísimo, que él representa en particular; coeficiente indefinido, que le presta vida propia; *tipo* de toda vida y *antitipo* de lo no viviente.

Hácese un esquema geométrico de la contraposición, comenzando por contraponer un punto á un fondo blanco, condición indispensable para que en el fondo haya algo, y el punto positivo descanse en algún fondo.

Hecho esto, aun puede hacerse más. Tenemos á nuestra disposición puntos y fondo; y como tal símbolo apenas nos sugiere más que un pensamiento muy general, pasamos adelante.

Haciendo más puntos, se los multiplica en un fondo común, y se contraponen por un lado la unidad á la multiplicidad (categoría de número), y por otro los puntos á los intervalos que los separan (categoría de espacio).

Aun podemos suprimir el espacio inocupado y hacer un *espacio continuo*, uniendo los puntos con líneas. Hagámoslo.

Si las líneas salen rectas suprimirán simplemente la distancia entre los puntos; si no salen rectas la suprimirán en un sentido y no en otro; la suprimirán sólo en parte. Cada una de las partes de la curva es, entre los dos puntos, aproximación por un lado y alejamiento por otro.

De aquí una nueva contraposición, la de la recta con la curva. Semejante contraposición sólo puede suprimirse ó limitarse en un *punto común*.

Por último, las rectas se contraponen unas á otras hasta circunscribir espacios cerrados sobre el fondo común, y las curvas se contraponen también cerrándose y abriéndose, y

relacionándose las curvas cerradas con las abiertas en puntos indivisibles.

En tan sencilla teoría geométrica se halla simbolizado el pensamiento de la vida, y la vida misma en el cosmos donde habita.

Contraposición, *contra-posición*.—La contraposición formulada en general es simplemente el análisis necesaria para toda síntesis correlativa.

Lo primero y más fundamental que comprende el hombre, lógica y experimentalmente, es la contraposición en que se encuentra con la naturaleza exterior; la necesidad de sí propio, como sujeto universal (ley), y la necesidad de algo exterior como objeto particular y variable (fenómeno). En suma, necesidad común de dos necesidades distinguidas entre sí.

Fijándose sólo en la disyuntiva se ha supuesto durante largos siglos necesaria incompatibilidad entre ambos extremos, y necesaria también la supresión de uno de ellos, reduciéndolo todo á puro fenómeno ó á pura ley.

La contraposición, disfrazada de principio de contradicción y aceptada como base de todos los aciertos de la Filosofía, desde los mejores tiempos de la Grecia; ha sido, por el contrario, bajo tal disfraz el principio de todos los desaciertos sistemáticos.

El principio filosófico de la contraposición del objeto y del sujeto promueve una dificultad que no debe decidirse á favor exclusivamente de uno de ellos, ni de su refundición en uno solo (principio de identidad), que los anularía á entrambos; sino á favor de la relación, que identifica los extremos contrapuestos sin dejar de distinguirlos, y viceversa.

Así se saca partido de todas las

contraposiciones y fundamentalmente de la contraposición de todo lo definido con lo indefinido, de la cual son modos más concretos: la del espacio con el tiempo, la del sujeto con el objeto, la del saber con el ignorar, la de la acción con la pasión, y tantas otras que en la naturaleza exterior y en el pensamiento constituyen extremos, entre los cuales no hay precisamente que optar en teoría; y aun en la práctica se opta sólo en casos de urgencia imprescindible. Lo que procede en todo caso es relacionarlos todo lo posible, sobre el fondo desconocido de la inmensidad y de la eternidad.

De esta relación suprema son testimonio: en general el orden cósmico, y en particular los seres vivos en sus relaciones propias y en su mutua correlación.

La contraposición de lo definido con lo indefinido se representa en el esquema de la vida por las líneas trazadas y el fondo blanco; la del espacio con el tiempo por las líneas rectas y el círculo que las encierra, el cual ha de concebirse en continuo movimiento concéntrico y excéntrico y también sobre sí mismo. La del sujeto con el objeto se significa por la primer curva abierta inserta en la cerrada. De esto, que representa la generalidad viviente, brotan las contraposiciones de nuevas curvas cerradas y abiertas, que simbolizan la vegetación, el sentimiento y la inteligencia.

Tal es el sistema de contraposiciones á que ha de llegar el pensamiento, para ver con luz bastante dentro de sí propio la relación de sujeto con objeto; de la cual, clara ó confusamente dibujada, ha necesitado partir y necesitará seguir partiendo mientras viva, sin dejar de partir nunca;

porque dejar de partir equivaldría á dejar de ser.

Contrario, del latín *contra*, y *res*, cosa.—Lo que se supone al afirmar ó al negar, al poner ó al no poner alguna cosa.

Lo contrario puede ser *algo* en particular y *todo* lo contrario.

Lo contrario en general es la base de las contraposiciones lógicas.

Los contrarios en general necesitan ser lógicamente, y se suponen entre sí. Lo contrario en particular, suscita las contrariedades prácticas, entre las cuales se puede discutir, y á veces urge optar si el tiempo apremia.

Contrasentido.—Contradicción entre lo que se dice reflexivamente y lo que se siente, ora se halle la contradicción en un solo sujeto, ora en sujeto distinto.

Decir que cuando se siente lo definido (los objetos), se siente también lo indefinido (ningún objeto exterior ni aun interior), es decir la verdad declarando que se siente, á la par, positiva y negativamente. Decir algo contrario á esto es contradecir lo que se siente: es el mayor *contrasentido*, aunque no lo parezca.

Contraste, (de *contra-estar*).—Diferencia entre los elementos contrapuestos. El contraste, como toda diferencia, puede ser armónico ó inarmónico.

Armónico identifica las diferencias en un término medio, que limita á la par la diferencia absoluta y la absoluta identidad.

Contratiempo, *contra-tiempo*.—Suceso malo.

Contra el tiempo está el espacio, la inmovilidad; pero sin tiempo y movilidad, nada puede suceder.

Un contratiempo absoluto no pue-

de ser. En la práctica es un suceso posible.

Un contratiempo en el suceder un suceso cualquiera, desfavorable al fin apetecido, puede ser dominado en el instante mismo por otro suceder.

Un suceso desordenado, por no dominarle instantáneamente otro sucesor ordenado, es el mal que se llama contratiempo.

Contrato, con-tracto: traído recíprocamente. — Función que identifica y armoniza intereses materiales ó morales.

Todas las partes de un organismo realizan un contrato tácito. Quien estudia el mundo para mejorarle contrata con él, y el hombre religioso contrata con Dios.

La vida en particular es un contrato del ser viviente con el mundo que le rodea.

La vida en general es un contrato de lo definido con lo indefinido.

La sociedad es un contrato entre los hombres.

No se necesita que el contrato sea expreso ó consciente de sí propio; puede aparecer en una función oscura y en cierto modo vegetativa (*modus vivendi* consuetudinario).

Contribuir, con-tribuir. — Figurar como elemento analítico en una síntesis funcional. Muchos fenómenos contribuyen á la determinación en el pensamiento, de leyes de diversas categorías.

Lo que se llama generalidad, idea ó ley, contribuye como objeto ideal creado en la fantasía á su propia regeneración en el pensamiento individual.

Una vez regenerada la ley, le cumple sentir su propia regeneración como función á que contribuye

en cuanto definida, con un contribuyente indefinido.

Contrición, del latín *contritio*, desmenuzamiento. — Sentimiento de angustia por haber infringido la ley del Bien.

A nadie falta un átomo de contrición, un sentimiento que advierte las infracciones de la ley moral. La falta absoluta de tal sentimiento implicaría ignorancia del bien y del mal, inocencia ó estupidez. Pero este átomo se halla lejos de pesar siempre, bastante para santificar los actos humanos. Decídense éstos libremente bajo la responsabilidad del individuo, al cual santifica sólo el buen uso de su libertad, constantemente determinado.

Controversia, (contro-versia: versión), del latín *contra* y *versum*, vertido. — El individuo está siempre en controversia dentro de sí mismo, entre la reflexión negativa del sentimiento, y el sentimiento negativo de la reflexión.

No cesaría la controversia si no hubiera un orden reglamentario providencial, más eficaz que el de nuestras asambleas deliberantes. Cada momento que pasa es controversia, que en el momento mismo se vota de algún modo. Por más que discuta el hombre las cosas de la vida en general, él las hace en particular, y esto que hace en particular, es, precisamente, el tema de la controversia.

Convencer, con-vencer. — En la controversia sugiere á menudo un juicio particular modificaciones ó limitaciones de otro juicio particular, y así se llega á la convicción, á vencer de hecho á los demás juicios posibles.

La modificación del juicio se obtiene en otros casos, no por la interven-

ción de juicios distintos, sino por la presencia de los datos que figuran en todos los juicios.

A veces se halla quien discute *convicto* por los datos, pero no *confeso*, porque abusa de su libertad para no darse por convencido.

Convenir, con-venir. — El convencido por otro puede convenir en su derrota y en el triunfo de su contrincante; pero también pueden convenirse los juicios sin derrota ni triunfo de ninguno de ellos.

Este es el *buen convenio*, el que todos buscamos entre la idea y la realidad.

El *buen convenio* ha de hacerse en general, y no sólo en particular; porque pudiera éste ser *inconveniente* para otro más atendible.

Conversación, con-versación, mutualidad funcional. — Símbolo verbal de la función del pensamiento.

El pensamiento conversa consigo mismo, asignándose leyes que le rigen. El que conversa con otra persona significa su pensamiento en palabras.

Es la conversación una dialéctica espontánea y práctica, en la cual se agitan los pensamientos, comunicándose mutuamente energía vital.

Es una sexualidad en acción representada, ora dentro de un solo pensante, ora entre dos ó más. Lo que se necesita para hacer provechosa una conversación es *buena fe* entre los que conversan.

Conversar, con-versar, circular. — Relacionarse dos individuos entre sí mediante la palabra.

El pensamiento conversa además: con Dios, rezando; con el mundo, pensando, y consigo mismo, haciéndose á sí propio por activa y por pasiva, teórico y práctico.

Convicción. — Certidumbre fundada en datos positivos. Sólo puede ser legítima en su relación concreta con los datos que comprende.

No hay que fiar completamente en las convicciones propias, ni tampoco carecer de convicción. La medida del tesón con que deben sostenerse las convicciones no está escrita en ningún libro. Las reglas á que conviene atenderse son el número y la calidad de los datos, y cierta inspiración que no debe eximirse jamás de un *mínimum* de duda.

Convidar, del latín *cum*, con, y *vivere*, vivir. — Suele ser muy grato el ofrecimiento de un convite. ¿Qué convite más provechoso que el que nos hace la vida, y sobre todas las vidas la del pensamiento, á saborear los manjares de su mesa regalada?

Convocar, con-voz. — Llamar á voces.

Estas voces se comunican á menudo por escrito.

Las hay que ni por escrito se comunican, y sólo se comunican á quien las oye en su conciencia. Los sordos de conciencia no las oyen.

Testimonio de esta sordera intelectual son los que niegan lo innegable y, entre otras cosas, la libertad con que procede el pensamiento humano, y que se hace extensiva á todo lo viviente.

Convulsión, con-volver. — Volverse y revolverse en mal sentido, es enfermedad del cuerpo individual, del cuerpo social, y sobre todo del espíritu.

El cuerpo convulso no obedece á la voluntad que le preside en el orden providencial del organismo.

El que provoca convulsiones sociales es un egoísta malvado, si así atropella el bien común; y aunque

pretende justificarse, diciendo que procede como el médico ó el cirujano en busca de mayor bien; ni aun esto es atendible, sino en circunstancias tan extraordinarias que vale más no acordarse de ellas. Si tan inevitables son, ya nos atropellarán á nosotros, sin necesidad de que nos anticipemos.

Coordinación, de con y orden.

—Función de hacer el orden.

El hombre es una coordinación del espíritu con el cuerpo. Toda función es una coordinación del sér con el no sér, de lo positivo con lo negativo.

El orden inorgánico es ya una coordinación elemental de todo lo definido con lo indefinido.

La coordinación suprema del orden inorgánico, representado en una de sus partes, es la función eléctrica.

La función eléctrica coordinada con lo indefinido es ya la vida vegetativa. La vida vegetativa coordinada con lo indefinido, defuido á su vez como tal, es la función sensitiva, y la función sensitiva, coordinada nuevamente con lo indefinido en serie perpetua, es la inteligencia.

Coordinadas, (de coordinación) —Llámanse así en Geometría dos líneas, una constante y otra variable, de cuyas relaciones resultan todas las curvas.

Llámesese espacio la línea constante, y tiempo la línea variable, y habrá sustituido á la fórmula geométrica puramente teórica, una fórmula práctica que simbolizará la vida.

Las coordinadas de la vida resultan asimismo teóricamente en Matemáticas, de la supuesta sección de un cono de modos diferentes.

Es que el sujeto viviente representa el vértice de un cono, ó más bien el centro de una esfera, donde oficia

como calidad, relacionándose con una circunferencia que oficia como cantidad.

Entre el centro y la circunferencia de la esfera viviente hay un cambio continuo centrípeto y centrífugo, que puede hacerse *mayor ó menor* entre ambos extremos; pero no en tanto grado que el predominio de uno venga á anular el dominio del opuesto.

Tales vienen á ser las líneas coordinadas de la vida, de cuyo juego, puestas en ejercicio, resulta el sistema de categorías ó leyes necesarias de la función viviente.

Copia, de ops; en latín, ayuda.—Negación de original, y afirmación de otro original, con ayuda del primitivo.

No hay negación que no pueda afirmar á su modo lo mismo que niega.

Nadie ignora que en general todo puede expresarse de dos modos, afirmativo y negativo, con inversa significación.

El fenómeno copia inversamente á la ley y la ley copia inversamente al fenómeno. Es fenómeno todo lo *que es*, sin ser ley, y es ley todo lo *que es*, sin ser fenómeno. La función consta precisamente de todo lo que es ella en general, siendo y no siendo, en particular, fenómeno y ley.

La vida reflexiva copia inversamente á la sensitiva y viceversa; la vegetativa copia á la sensitiva. Todas se copian mutuamente en series indefinidas de realidad é idealidad correlativas.

La función eléctrica copia á la viviente dentro de lo definido; la función viviente copia á la eléctrica desde lo indefinido.

Lo original es también copia de sí mismo, y la copia es también original de otra copia.

La copia tiene carácter positivo, por su identificación con el original, y negativo por su distinción correlativa.

El ojo del animal copia como un espejo los objetos en posición contraria de derecha á izquierda, y luego en el fondo de la retina, en posición nuevamente contraria, de arriba á abajo. Esta progresiva inversión de los polos es, en cierto modo, análoga á la de las copias de la función inteligente por la sensitiva, de la sensitiva por la vegetativa, y aun de la vegetativa por la eléctrica.

Copla, del latín *cópula*, unión.—¿Quién habrá aplicado el nombre latino *cópula* á las coplas de España? Tan ingenioso fué como ingeniosas son en grado sumo las coplas españolas. Parece seguro que en ningún pueblo del mundo ha llegado la poesía popular á revelar un sentimiento más profundamente vivaz.

A los encantos de la poesía indígena española, se agregan los de sus cánticos y sus bailes populares, tan variados, tan característicos.

Si la vida del pensamiento, como tipo de toda vida, necesitara una prueba, estos arranques del sentimiento sobre un fondo de reflexión, la proporcionarían prácticamente de un modo acaso superior y más convincente que toda teoría.

Y en corroboración de todo ello, el latín *cópula*, que significa un acto supremo de vida convertido en copla, nos revelaría una inspiración feliz, que no por haber sido inconsciente de sí propia, es menos meritoria ante la consideración del filósofo.

Cópula, (unión, lazo). —Así como la copia identifica, al originante con el copiante, dejándolos á distancia, la *cópula* identifica y distingue los dos

extremos, de cuya limitación mutua procede la generación.

La identificación de los sexos, sin perjuicio de su distinción, es un acto material, correlativo con la fecundación y el nacimiento de un nuevo ser.

Hay una *cópula* material, que necesita la cooperación de lo inmaterial, para que surja la producción y se haga positiva la generación.

Esta *cópula* material es el símbolo de la generación, la aproximación de dos sexos, que dan de sí un producto material. Mas este producto, para ser fecundante y fecundado, exige de nuevo la intervención de lo indefinido; de igual modo que la polarización eléctrica necesita figurar nuevamente como polo opuesto á lo indefinido, para que en el intermedio resulte el sér viviente.

Hay otra *cópula* espiritual, que es la del pensamiento definido con lo indefinido, de donde se origina todo bien.

La *cópula* carnal, en cuanto base grosera de la *cópula* espiritual, hace lo que debe hacer. Por sí sola no es lo que *debe ser*; humanamente el sentimiento la recibe como algo inferior, y que estima vergonzoso no subordinar á lo más elevado en el orden ideal.

Cópula gramatical. —En la oración gramatical se llama *cópula*; al verbo que relaciona el sustantivo (indefinido ó símbolo de lo indefinido), y el adjetivo ó predicado (definido). El verbo *ser* simboliza la relación; el *hacer* la función de relacionar.

La oración intelectual es el momento de la reflexión relativamente inmóvil; se *hace* frente del sentimiento, límite positivo del análisis reflexiva.

Merece notarse la coincidencia de haber recibido un mismo nombre el

verbo *ser* como parte de la oración, y el acto de la generación carnal. Tal coincidencia no debe considerarse como caso meramente fortuito; es una inspiración genial, entre tantas otras que se han realizado en la historia del lenguaje humano.

Cópula es la relación (ser y no ser) término medio, que une y separa bajo distintos aspectos dos extremos (posición teórica).

Cópula es también el verbo HACER término medio, entre la función relativamente indefinida (teórica), y la función relativamente definida (práctica). En el primer caso la cópula se reduce á figurar en la oración como término de relación estática; en el segundo es término de relación práctica, constituida por dos elementos, pasivo el uno y el otro activo.

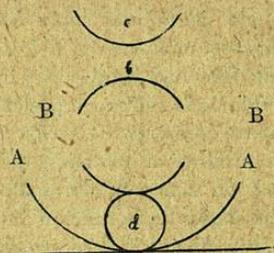
En esta sexualidad el sexo femenino realiza la corriente que va de lo definido á lo indefinido (pasión), y el sexo masculino la corriente inversa, desde lo indefinido á lo definido (voluntad). La cópula se consuma en el momento indivisible (tiempo presente) en que se cruzan las corrientes del pasado al porvenir y viceversa.

Tal cruzamiento es fecundo cuando en el acto mismo de realizarse, nace un nuevo ser adherido al precedente, por haber armonizado la intervención del *eficiente* pasivo con el consentimiento del *coeficiente* activo (indefinido).

El ejercicio funcional que la cópula supone se construye en el pensamiento con alguna dificultad. Para disminuirla puede servir el esquema geométrico.

A, es el sexo femenino que en su inmovilidad nada produce; pero que, puesto en movimiento, establece una corriente, partiendo de la recta hacia

el fondo blanco del papel. B, es el sexo masculino que, partiendo de lo



indefinido baja á cerrar el espacio abierto ante la curva del femenino. En el contacto de la curva abierta con la recta A se ha realizado ya un cruzamiento de corrientes, dividiéndose en dos sentidos contrarios entre sí, la dirección única significada por la recta; y esto predispone por de pronto á la fecundación posible del sexo femenino.

En tales condiciones cae la curva B B (representante de la acción) dentro de la A, representante de la pasión; y llegadas ambas á ponerse en contacto, se inicia una circulación común *d*, que puede terminar, ó refundiéndose en la recta y resultando el acto estéril, ó por otro cruzamiento de corrientes representado por una curva abierta superior *c*, con lo cual y con la reproducción de actos análogos queda engendrado un nuevo sér viviente.

Todo este procedimiento geométrico simboliza la creación de un sér vivo mediante la intervención de sexos separados. Pero los sexos no necesitan precisamente hallarse constituidos como los representa el esquema. Puede el sexo masculino carecer de forma definida, y pasar directamente desde el fondo indefinido á

definirse espontáneamente dentro de la curva A.

Este es el caso de fecundación universal, en la que parece salir todo del sexo femenino. Hasta puede suceder que, aun no preexistiendo el sexo femenino, brote todo de la tierra con inusitada fecundidad, merced á la polaridad fundamental entre lo definido y lo indefinido.

El punto primero de intersección entre lo definido y lo indefinido es el que determina las especies, y el que impone la condición de que éstas sean comunicables entre sí.

A tales y tan importantes relaciones conduce la consideración de la cópula gramatical; gramaticalmente se ha usado la palabra cópula en el sentido de identificación, y no en el de distinción, que se halla mancomunado con el de aquélla en el concepto de relación, cuyo simbolismo asume el verbo *ser*. Esto ha llegado al extremo de admitirse en el lenguaje conjunciones copulativas y disyuntivas, como si decir conjunción copulativa no fuera una simple redundancia. En todo caso la cópula es la que puede comprender la conjunción y la disyunción.

Más propiamente se usaría como genérica la palabra copulación, y como diferenciales la conjuntiva y la disyuntiva.

Corazón, palabra derivada del sanscrito *krid*.—Órgano central de la circulación corpórea.

La circulación es la forma básica de la vida. El mundo inorgánico la realiza por el movimiento acompasado de los astros; movimiento perpetuo, sin principio ni fin determinados: cadena continua sin un solo instante que la detenga y represente en relativa totalidad.

Los astros circulan entre sí y representan la circulación en general entre el tiempo y el espacio (movimiento); pero en su conjunto no tienen centro; el sistema astronómico carece de corazón, y un corazón es indispensable para que todo lo concentre y lo lance fuera de sí. Sin él no se concebirían la concentración y la expansión autonómicas, vivientes.

Concentración y expansión ya se observan en el sistema astronómico y aun constituyen la base de la ciencia á que se refiere. Lo que no se observa ni se da á conocer es el centro que causa semejantes fenómenos, impuestos por leyes de origen desconocido y aun incognoscible.

De un modo absoluto la dificultad es invencible; pero de un modo relativo se la vence dotando de *circulaciones autonómicas* á los seres vivientes que pueblan el Universo.

Ya el vegetal se halla provisto de esta circulación, ya es centro del Universo, aunque parcial y relativo, tan relativo y tan ínfimo como se quiera, pero centro al fin. Mas el vegetal todavía carece de centro en la intimidad de sí mismo. No tiene corazón y sin embargo puede ufanarse con el nombre de corazón del mundo, aunque en la esfera más humilde.

El animal es el que tiene corazón vegetativo dentro de su propio organismo; tiene además un firmamento sensitivo en que explayarse; pero aún le falta otro corazón, el corazón del sentimiento, que aparece solamente como ideal magnífico en las entrañas de la humanidad.

El sentimiento del animal que hace las veces de corazón respecto de la masa orgánica, no se conoce á sí mismo, y sólo conociéndose puede llegar á la suprema altura, desde la cual